



## Corazón oeste Orlando Chirinos\*

### Resumen

Venezuela experimentó, en la transición de los años 50' a los 60', una inédita dinámica migratoria desde Europa occidental, en especial de personas provenientes de España, Italia y Portugal. En ese marco, trazado al amparo de la industria petrolera, arribaron muchos jóvenes cargados de sueños, tras la idea de un paraíso, la cual los animaba a cruzar el Atlántico en una aventura que para no pocos devino en asentamiento, en hogar, junto con la natural nostalgia por la tierra originaria, que siempre estuvo ahí, lo más cerca posible del corazón.

### Palabras clave

Sueños, paraíso, emigrante, travesía, petróleo y nostalgia.

### Abstract

In the transition from the 1950s to the 1960s, Venezuela underwent a hitherto unheard of migratory dynamics from Western Europe, especially with immigrants from Spain, Italy and Portugal. Within this framework, in the shadow of the oil industry, many young people full of dreams arrived with the idea of paradise, which encouraged them to cross the Atlantic on an adventure that for many turned into settlement, a home, together with their natural homesickness for the land of their birth, which always stayed with them, close to their hearts.

### Key Words

Dreams, paradise, crossing, oil, home sickness.

*Al oeste irás y allí colocarás tu estandarte.*

*Sobre una loma dorada pondrás tu corazón.*

(Ramón Palomares, Conquistas, *El Reino*)

\* ORLANDO CHIRINOS. Escritor y Profesor de Literatura en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Carabobo, Estado Carabobo, Venezuela. Ha publicado hasta ahora diez libros (novelas y relatos, así como un estudio sobre la obra del poeta venezolano Eugenio Montejo). Algunos de sus trabajos han sido traducidos al italiano, al francés y al serbocroata y han aparecido en México, Francia, Italia y Cuba.



El mapa la muestra como una pequeña cabeza que mira al Occidente, con una hendidura, una suerte de arco que simula la depresión bajo la nariz: la boca y a continuación una gargantilla que, en realidad, es el istmo que la une a la zona continental. Reciben el nombre de Península de Paraguaná e Istmo de Médanos. Es la parte más septentrional, no sólo del Estado Falcón al que pertenecen sino de Venezuela y de América del Sur.

¿Ojearía Ignacio Rodríguez, en aquellos tempranos sesenta del siglo pasado, el mapa correspondiente, recorrería su índice, quizás tembloroso, la cartulina que dibujaba la región adonde iba a viajar con la idea de asentarse, tratando de adivinar qué le deparaba el futuro, a tantísimos kilómetros de su Portugal nativo? ¿Pudo su imaginación traducir (ayudado por las cartas enviadas por parientes y amigos) en playas color violeta o matices de azul, en torres plateadas que largaban día y noche gordas llamaradas de tono naranja, en una vegetación de cardones y tunas, en una fauna en la que predominaba el ganado caprino, pájaros de colores brillantes y saurios de modesto tamaño, pudo transformar su imaginación lo que no era sino manchitas, círculos, líneas sinuosas, rectas o fragmentadas o íconos que anunciaban esquemáticamente puertos, aeropuertos, refinerías y, más allá, al mediodía, montañas y corrientes de agua?

¿Qué promesas entregó a los íntimos que fueron a despedirlo al muelle, en el apogeo de la primavera? ¿A qué altura de la travesía sus escasos 22 ó 23 años alcanzaron el clímax de la nostalgia? ¿Se arrepintió de la decisión tomada o se mantuvo siempre firme, sin que le parpadearan la voluntad y el coraje?

El puerto de La Guaira, en la región centro-norte, uno de los más importantes del país y tan cercano a Caracas, así como ésta, fueron grabados con sus ojos de asombro: unos cerros que hundían los pies marrón-piedra en unas playas de gradaciones azules y verdes, con lentos crespones blancos. Luego, eso: Caracas, la capital, con una población, de acuerdo con el censo del año 1961, de 1.336.119 habitantes, de un total nacional de 7.523.999, que se habían ido repartiendo en urbanizaciones de lujo, hacia el Este, asiento de las clases pudientes, que buscaban aislarse geográficamente de lo que cada día sería menos el antiguo centro de la ciudad. Pero la expansión también se desplazaba al Oeste y el Sur, con barriadas que trepaban los cerros, tomando la consistencia de construcciones asimétricas, de tablas y techos de cinc, en su mayoría.

No pudo venir Ignacio Rodríguez en un momento histórico tan interesante para Venezuela como éste, el de la transición de los 50' a los 60', pues entre otros aspectos, allí se desarrolla una inédita dinámica migratoria, que después va a recoger el censo del año 1961, en cuanto números y significación para el país. Miguel Bolívar Chollett (1994), en este punto, dice que



La progresión humana siguió su ruta ascendente con mayor vitalidad y fuerza en el lapso intercensal 1950-1961. El nivel alcanzado superó todas las experiencias previas (...). Nunca antes población alguna en América Latina había alcanzado tales niveles de renovación demográfica (...).

Respecto del aporte migratorio internacional hay que decir que la década de los cincuenta marcó una experiencia también relativamente nueva para Venezuela (...). Ya lo hemos adelantado: los efectos de la guerra y la incertidumbre de la post-guerra, así como la realidad golpeada de los paisajes humanos europeos presionó de manera sensible y América Latina aceptó aportes importantes desde los países de Europa mediterránea. México, Argentina y Venezuela recibieron su cuota de migraciones del viejo continente. (65)

Como otros emigrantes de Europa occidental, en especial españoles, italianos y portugueses, es posible que el joven viajero (*¿lisboeta? ¿aveirense?*) haya efectuado una parada en Caracas y desempeñado oficios diversos como manera de sobrevivir: carpintero, ayudante de albañilería, estibador ocasional en La Guaira, vendedor en algún negocio de parientes o amigos. Era lo usual. La denominada *Sultana del Ávila* comenzaba a ser estremecida por las primeras manifestaciones y balas de la situación política, que se había ido caldeando bajo el gobierno de Rómulo Betancourt. Es posible que haya sido esto lo que motivó su traslado a Paraguaná, o a lo mejor ya traía ese propósito guardado en una manga, como su mejor carta. Antes, debe de haber disfrutado de las bondades del entonces balsámico clima caraqueño y del ambiente, que sin ser, por supuesto, el de los primeros cronistas, ni el semibucólico de la época de Joaquín Crespo y Cipriano Castro, entre los estertores y nacimiento de los siglos XIX y XX, tampoco era el que menciona Gustavo Valle (2005), cuando apunta que, Caracas, posee: “la consistencia del humo, y siempre parece estar metida en medio de una bruma diferente al *smog*” (p. 6), fenómeno que relaciona más con un clima psíquico (*bruma mental*, lo califica) que meteorológico y que corresponde a la urbe de fines del siglo XX y comienzos del XXI.

Ni el mismo Ignacio podría hoy decir cuántas veces frecuentó esas parroquias de nombres que luego se convirtieron en entes familiares: La Candelaria, por ejemplo, donde predominaban olores españoles, a guisos gallegos y aroma de cigarrillos negros, esas calles en las que al final de la jornada gustaba de parar a saborear un café bien fuerte: un “negrito” o uno mezclado con más leche que café: un “blanco” o un “marrón”: café y leche a partes iguales. De vez en cuando unas cervezas: una “frita”, como pronto se acostumbró a llamarlas. En alguno de esos sitios le informaría a un allegado de la decisión tomada: se iría al oeste de Venezuela, a Falcón, donde se habían asentado muchísimos paisanos. Se marcharía a Paraguaná y concretamente a Punto Fijo. Allí no era asunto raro toparse a la vuelta de la esquina con un *Abastos* “*Fátima*”, una *Pescadería* “*Madeira*”, un *Bar* “*Funchal*”, con un Rodríguez (con “s” o “z”, no importaba), con



un Countinho, un Almeida, un Dos Santos, un de Nóbrega, un Gouveia, un de Sousa. Claro, no fue una decisión repentina, tomada a la ligera, sin madurar. Traída bajo la manga o no, sin perder de vista que a lo mejor fue desde siempre su planeado destino final, una memoria ajena podría recogerlo echado boca arriba en la minúscula cama de pensión, fumando hasta muy tarde, dándole vueltas al asunto.

Unas ocho horas en autobús consumía el trayecto de Caracas a Punto fijo, pasando por los Estados de Carabobo y Aragua, cuyas respectivas capitales: Valencia y Maracay, así como poblaciones menores de los mismos: Guacara y San Joaquín, del primero, y Cagua, Turmero y Villa de Cura, del segundo, estaban iniciándose en un proceso de industrialización que se iba a perder de vista, al generar una movilización de grandes masas humanas hacia la región, convirtiéndose, por ende, en polos de atracción. Era fácil observar a lo largo y allá, hacia el fondo de las carreteras, las torres y los tendidos eléctricos suspendidos en el aire como las líneas de un pentagrama que esperaba por el trazo de las notas, que se habían echado a volar transformadas en las manchitas blanquinegras de las golondrinas. Asimismo, aparecían unos silos, su forma cónica y tono gris-verdoso ponía una nota de solemnidad al paisaje; a la izquierda desfilaban galpones metálicos con techos muy altos, de tanto en tanto un cañaveral infinito, maizales y el amarillo saludable de agosto en la piel de los mangos. A la derecha, cerca, los colores claros de las ciudades. Una tierra de fertilidad prodigiosa. Por eso, quiso efectuar el viaje de día, a plena luz, para saborearla, para verla en su plenitud, para olerla en su diurnidad, por eso mismo, ha bajado un poco el vidrio de la ventanilla, sin molestar a los compañeros de travesía.

El profesor Vladimir Acosta (1998), al analizar de qué forma se imbrican los mitos y el imaginario medieval en el proceso de la conquista americana, ha escrito que desde los albores de la exploración de América aparecen dos indiscutibles tópicos: “el de lo paradisíaco” y “el paraíso terrenal propiamente dicho”. En el espejismo del último, realidad y ficción literaria se funden y confunden: desde Alejandro Magno, pasando por Cristóbal Colón, hasta Vespucio, con mayor o menos énfasis, como anota Acosta. De acuerdo con el mismo, el hombre medieval europeo visualiza al paraíso

...usualmente como un sitio de espléndida belleza, caracterizado por una espesa y rica vegetación, por la abundancia de los prados y colinas de eterno verdor, por la presencia de los árboles frutales, de todo tipo de plantas aromáticas de fuentes acogedoras y umbrías, y de frescos y límpidos riachuelos, no sólo de agua sino también de leche o miel. La pureza del aire es absoluta, el cielo es siempre azul, la claridad del sol alumbra sin interrupción el acogedor paisaje sin que haga nunca frío ni calor excesivos; el clima resulta siempre templado, sin vientos fuertes ni lluvia ni granizo; los árboles y arbustos se hallan siempre



llenos de flores y de frutos; no hay bestias peligrosas; y predominan las aves de vistosos colores (...). Las gentes que allí habitan son sanas y viven muchos años. No hay enfermedad, y de existir la muerte (...) ésta llega tarde y suave, como un sueño. Abundan además el oro y con él todo tipo de piedras preciosas, desde diamantes, rubíes y topacios, hasta crisolitas, ágatas, crisoprasias y esmeraldas. (61)

En cuanto a la cercanía del Paraíso, el autor en referencia sostiene que

Para hacerlo en verdad inaccesible o sólo accesible a unos pocos héroes, religiosos o laicos, es necesario que haya hasta muy cerca de él peligros y dificultades capaces de hacer retroceder a la mayor parte de los que intentan alcanzarlo. Así se explica que no lejos del paraíso existan monstruos –tanto animales como humanos– y todo tipo de amenazas geográficas: desiertos infranqueables, valles tenebrosos, bosques de árboles espinosos, mares coagulados, e indicios reveladores de la cercanía del Purgatorio o del Infierno, tales como volcanes en erupción o como grandes grietas humeantes en la tierra; y junto a ellos animales espantosos y diversos pueblos de monstruos, como amazonas, acéfalos, pigmeos, gigantes, hombres salvajes, antropófagos o cinocéfalos... (62)

Durante su estadía en Caracas, había salido pocas veces fuera del área metropolitana. Una que otra escapadita a la zona de montañas: El Junquito, para comer puerco frito, de un frío tolerable, sobre todo porque él conocía de inviernos agresivos en Portugal; la Colonia Tovar, poblado de resonancias alemanas que incluían salchichas y salsas agrias, duraznos, fresas y bajas temperaturas; Carayaca, pueblo de hortelanos y pequeños criadores. Allí probó por primera vez el ron, un producto criollo que le calentó el paladar, aun cuando lo suavizara con limón, coca cola (o pepsi-cola) y hielo: *cubalibre*, le dijeron que se llamaba. Esos sitios estaban allí, a la mano, a un saltito de la principal urbe del país. Cosa distinta era montarse en una “guagua”, como sustentivaba Pepe, el cubano, compañero de pensión, y echarle esas ocho horas a la espalda y las posaderas, con la mediación de unos dos recesos, para reponer combustible, ir al cuarto de aseo de la gasolinera, tomar algo ligero y estirar las piernas.

El Estado Falcón, además de ser cuna de importantes hechos históricos (por ejemplo: la rebelión que en el año 1795 liderara el zambo José Leonardo Chirinos contra la Corona Española), presenta una extraordinaria riqueza cultural, por sus raíces indígenas, a las que vendrían luego a sumarse los mundos español y negro y, más tarde, procedentes en gran parte de las vecinas islas de Curazao y Aruba, el componente judío, con personas que hicieron o acrecentaron fortuna y familia en la región. Todo ello da a esta entidad federal una diversidad étnico-cultural profunda en la que se yuxtaponen y conviven costumbres, leyendas, usos, tradiciones, gastronomías y otros elementos de origen diferente que, sin embargo, y según es fama recogida por la historia



académica y por la menuda, la del día a día, se basa en atributos morales y en una conducta apreciada por el valor personal, que alcanza incluso grados de temeridad; la hidalguía; el caro concepto del honor individual y familiar; el trabajo como una necesidad vital y ética. Ese sello tan de la España medieval que atraviesa como un eje la vida pública y privada de la *corianidad* (el gentilicio de *falconiano* se ha concentrado en el de *coriano*, el del nativo de Coro, la capital de esta provincia). Claro, nadie puede negar que aun cuando el tiempo haya torcido un poco el rumbo, todavía refulge un tanto el blasón.

Pero, junto con la multiplicidad étnico-cultural, Falcón es igualmente reconocido por su variedad geográfica y climática. Así, de las costas bajas del Oriente, que limitan con el Estado Carabobo siendo una región de hermosas playas como las de Tucacas y las de los cayos vecinos, con manglares, desembocaduras de algún río mediano y varias quebradas, al avanzar con rumbo Oeste, aparecerán cerros bajos, a la diestra, y a la siniestra, más lejos, anunciando el Sur, las estribaciones, más altas, de lo que constituye parte de la Cordillera de la Costa. Kilómetros de tierras planas o semiplanas, son cruzadas por una vía asfaltada que de improviso salta en la sinuosidad de una loma, luego, a unos treinta y cinco a cuarenta kilómetros antes de Coro, un mar azul-vértigo, que pasa en gradaciones armónicas a verdes, rompe de nuevo a la derecha. En la antesala Este de la *ciudad mariana*, como también se la llama, la sequía se hace llano ardiente, tunas y cardones, suelo resquebrajado por prolongados veranos, en el que se arrastran lagartos de piel fosforescente y que engeuece en la distancia. El Sur franco es serranía, verdor, nubosidad, agua abundante, frutales con cosechas tan copiosas y permanentes, que pareciera que se cuidaran solos. Al Norte, a poco andar, el istmo se va manchando de dunas color oro, cuyas formas y crestas cambian a capricho del viento, son los médanos, que tanto nombradío le han dado a Falcón. En varias partes, a ambos lados de la asfáltica cinta, el agua salada se cristaliza en salinetas. En ciertas épocas del año y a determinadas horas, el viajero puede solazarse contemplando bandadas de garzas rosadas. Si mira al Poniente, en dirección al vecino y petrolero Estado Zulia, adivinará, entre la bruma que toma un color albiceleste, la costa del Golfete de Coro, mientras oye el bronco reventar de las olas del Mar Caribe, a su derecha.

¿Qué sensación produciría en Ignacio la soledad de un único cerro, el Cerro de Santa Ana, en el medio de la vasta llanura, con la cima simulando la punta de un dedo índice doblado? ¿Pensaría en los misterios y extraños episodios contados por los lugareños alrededor de esa mole que de seguro tuvo veneración totémica? De su inocencia virginal de inmigrante, de “misiú” (si es que la tuvo) al que era fácil “montar un cuento chino” en el que actuaban o aparecían “monstruos –tanto animales como humanos–...”, o esos seres “acéfalos (...), antropófagos o cinocéfalos” que nombra el profesor Acosta, quedaba muy poco. Almas en pena, vaya usted a saber por cuál



causa o motivo, que hubiesen decidido vagar por las inmediaciones del Santa Ana, podría ser. Pero a él nadie le venía con pamplinas, a convencerlo de que aquellas llamaradas que salían a uno y otro lado en lontananza, eran la morada de las ánimas que purgaban condena en el Purgatorio o en el Infierno, con sus “grietas humeantes en la tierra” y no los “mechurreos”, las lenguas de fuego de las torres de las refinerías.

Arribó al, en ese entonces, “caserío más grande del mundo”, Punto Fijo, en un día de agosto, cuando los termómetros locales revientan debido a las altísimas temperaturas de la estación. Unas tres de la tarde que reclamaban con urgencia verdadera una “friita”, una cerveza con la botella escarchada. Le había nacido en las mejillas un rubor acalorado, por el bochorno de la época y la hora, y se sentía recorrido por un raro estremecimiento interior. Para ser sincero consigo mismo, no era que esperara el Paraíso, con su “abundancia de prados y colinas”, ni sus “fuentes acogedoras y umbrías y de frescos y límpidos riachuelos”, como reseña el ya citado Acosta, pero ¡vaya! este calorcito se las traía, sobre todo si uno venía del grato clima caraqueño ¡Vamos! llegó en el momento en que tenía que hacerlo, no obstante que no fuese el mejor, si se toma en cuenta la opinión de Bolívar Chollett al estudiar la etapa intercensal de 1961-1971, pues, es justo en el mismo arranque de los sesenta cuando empieza un movimiento de resaca de sectores de la masa de inmigrantes que, movidos por condiciones nacionales muy puntuales, resuelven retornar a sus países de origen. El autor mencionado escribe que

Después de haber alcanzado la cresta de esta ola expansiva cuyos inicios se ubican a mediados de la década de los veinte, la población venezolana continuó por una suerte de inercia cultural e histórica, con una celeridad demográfica respecto de sus hechos vitales, que comenzó a mostrar signos de mitigación a finales de los años sesenta. Hubo además un movimiento de retornos de inmigrantes europeos, incluso de naturalizados, hacia sus países de origen, como consecuencia de la incertidumbre provocada por los acontecimientos políticos que dominaron el escenario nacional durante esos años. (69)

El “caserío más grande del mundo”, como gustaba de repetirse, habría de aguardar hasta el 27 de febrero de 1970, para que “una tormentosa discusión de la (antigua) Asamblea Legislativa”, decidiera “que Punto Fijo fuera la capital del recién creado Distrito Carirubana”, como dice el poeta Guillermo de León Calles (1987), ahora Cronista Oficial de esa ciudad. El poblado se lo había ganado a pulso y, para bien o para mal, había dejado muy atrás esa cara y ese ritmo de villa morosa, tranquila, que se reconocía en la existencia callejera de sus personajes populares, cuyos decires y aconteceres animaban y daban colorido al sitio. Ya los chivos no recorrían, como hambrientos fantasmas a la caza de todo lo que calmara su hambre, la precariedad de unas calles con más huecos que asfalto por allá en la década de los cuarenta. Las largas filas de hombres, orillados



en los cercados de las petroleras, a la espera de ser contratados, se habían esfumado. La isla de Aruba, al norte franco y tan cercana, adonde muchos fueron, a finales de los treinta y comienzos de la siguiente década, tras los florines que daban las numerosas oportunidades de empleo, había sido desplazada por sueños y propuestas regionales y locales. La entrada de los años sesenta había puesto un noséqué, una quisicosa en el ambiente, una suerte de duda, de clima de incertidumbre. La tensión política, el enfrentamiento entre dos bandos perfectamente diferenciados e irreconciliables, habían conducido a una guerra intestina en la que no se vislumbraba una salida próxima. Algo se estaba quebrando en alguna parte, algo estaba quedando atrás, tal vez esa cálida aldea de caras conocidas y amadas rutinas, que eran sometidas ahora a lo imprevisible, a lo transitorio, lo que imprimía un aire de fugacidad a las personas, a las cosas y a los espacios. Se pasaba por una calle un día y lo que hasta ayer fue un taller de zapatería, hoy amanecía como un modesto restaurant; ayer: taller de reparación de bicicletas y hoy: lavandería; ayer: piñatería y venta de juguetes y hoy: ventorrillo de frutas... El mundo actual era cambiante, tornadizo, volátil ¿De qué sustancia estaba hecho? ¿Adónde había ido a parar el grueso de aquellos personajes que tanto marcaban el lugar, como los empleados petroleros que, sabiéndose o asumiéndose como miembros de una especie de casta laboral, presumían del carnet que los identificaba como empleados de la *Creole* o la *Shell* en el pecho? ¿Había mermado su número? Guillermo de León Calles, citado antes, dibuja con vigor el significado de “la ficha”, al indicar que

...era un pasaporte universal. Los créditos mercantiles se volvían locos cuando frente al dependiente aparecía el óvalo de la *Creole* o la apagada concha marina con las letras de la *Shell*. Era la mejor cuenta corriente, el más eficiente depósito a la vista, la verdad más absoluta de la solvencia, un cheque de gerencia. Las fichas de las compañías petroleras pasaron a abordar los caracteres de la magia... (63)

Nuevas entidades y actores sociales vendrían en el transcurso del tiempo a suplantar a lo que cada día sería más una fotografía en blanco y negro. El sueño a colores había llegado, estaba aquí, sin que la ciudad perdiera su rol estelar, no sólo en el ámbito de la zona occidental sino también en el plano nacional. Juan C. Esteves (1988), en tal sentido, confirma lo expuesto al anotar que: “... Punto Fijo es la capital económica del Estado Falcón; su contigüidad a esos gigantes centros de refinación como son Cardón y Amuay, le da una extraordinaria vitalidad a su comercio.” (p. 154). Centro de una fuerza aglutinante centrípeta, para Esteves

...estos complejos de refinación de petróleo por necesidades inherentes a su dinámico funcionamiento, están requiriendo constantemente servicios transitorios de construcción y mantenimiento y en este sentido las Refinerías actúan como un imán, y congregando y sosteniendo en la periferia empresas capaces de prestar dichos servicios.



De esta suerte, Punto Fijo, que es el epicentro de la zona, constituye un ávido mercado laboral con preferencia por la mano de obra especializada que, como tal, es bien pagada. (155)

Bien, eso: Ignacio Rodríguez llegó cuando su situación particular se articuló con la nacional, y a poco ya estaba allí, en la calle Zamora, esquina con Perú, al frente del *Abasto "Mi Placer"*, (los lugareños decían *bodega*), antes perteneciente a otro lusitano: Manuel, así, a secas, como lo conserva la memoria, y con quien Rodríguez concertó pronto el negocio de compra-venta.

Era una construcción amplia. Su habitación principal permitía la instalación de largos mostradores, congeladores y unos anaqueles que fueron inmediatamente remozados. Estaba bien ubicado: poca competencia y muchos clientes.

Simpático, de "sangre liviana", le fue fácil ganarse el aprecio y el respeto de la gente. Se hizo así, de bastante amigos y, en especial, de tres estudiantes de los últimos años de secundaria, un poco menores que él, con los que durante un año largo salió de copas, apenas cerrar, a eso de las 10:00 p.m., el abasto. Sólo copas, jamás propuso ni aceptó ir a los que aún eran famosos centros prostibularios: *La Concha, El Saco, Tres Caminos...* Los camaradas sospechaban que eso guardaba relación con una vieja fotografía que conservaba con celo en su cartera y que en contadas ocasiones, cuando se achispaba con los tragos, les mostraba con los ojos humedecidos en una nostalgia amorosa que nacía en Portugal y remataba en Paraguaná.

Interesado en aprender a tocar *cuatro*, un instrumento de cuerdas, con una caja de resonancia más pequeña que la de una guitarra, le pidió a Francisco, uno del trío, que sí sabía, que le enseñara. Después de cinco o seis canciones, descubrió que la música, como intérprete, no era lo suyo, lo metió en el estuche y lo guardó, para seguir con *Mi placer*, que iba viento en popa, creciendo, y a tal punto, que tuvo que buscar un ayudante, y tanto, que años luego abriría otro fondo en el perímetro del mismo Punto Fijo.

El advenimiento de realidades más complejas (el Puerto Libre, la Zona Franca, un astillero, empresas dedicadas a asuntos de la pesca en grande, o a la de la construcción en escalas mayores, negocios relacionados con las telecomunicaciones, nuevas y enormes masas de inmigrantes de distintas lenguas y credos, un flujo ingente de turistas que se atropellan en la entrada de los hoteles, parqueaderos, restaurantes y tiendas de artefactos eléctricos y electrónicos), ha rebasado el sitio al que Ignacio Rodríguez llegó en agosto de 1961, cansado por las ocho horas hechas en autobús, desde Caracas, atravesando Carabobo y Aragua. Es posible que las *saudades* tengan ahora voz y aliento venezolanos (sin que le sea infiel a su tierra natal) y lo paseen, al ser arre-



batado en la tibieza de un crepúsculo peninsular, por el cuarto de la pensión caraqueña, en el que soñó mientras disfrutaba un cigarrillo, o lo regresen a la tres de la tarde de aquella fecha lejana, cuando, acalorado por el bochorno de la época y la hora, intuyó que una energía inédita se movía en su interior y lo dejaba temblando frente y sobre aquel paisaje de sequía, en el que el viento vespertino alcanzaba velocidades exorbitantes. No lo sabía entonces, pero jamás había de irse. Había llegado para quedarse, para fundar casa, para hacer una familia, establecer varios fondos de comercio, prósperos. Podría cantar con el poeta Simón Petit (1991) aquello de: “Los que aquí estamos/venimos de afuera/a levantar el sol” (s/p). Justo en esos segundos de embeleso, un joven y potencial viajero, del otro lado del Atlántico, puede estar recorriendo con su índice trémulo, esa cabecita que el mapa muestra, en la parte más septentrional de América del Sur, oteando el poniente y preguntándose qué le espera más allá de sus sueños.

## **Bibliografía**

ACOSTA, V. (1998): *El continente prodigioso: Mitos e imaginario medieval en la Conquista americana*. Caracas: Biblioteca Universidad Central de Venezuela.

BOLÍVAR CHOLLETT, M. (1994): *Población y sociedad en la Venezuela del siglo XX*. Caracas: Trópykos/Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.

ESTEVEZ, Juan C. (1988): *Paraguaná histórica y geográfica*. Caracas: Lagovén.

LEÓN CALLES, G. de (1987): *Memorias de un Punto Fijo*. Punto Fijo, Estado Falcón, Venezuela: Concejo Municipal del Distrito Carirubana.

PALOMARES, R. (1985): *Poesía*. Caracas: Monte Ávila.

PETIT, S. (1991): *Bajo la grúa*. Carirubana, Estado Falcón, Venezuela: Mar Afuera, Alcaldía y Concejo de Carirubana.

VALLE, G. (2005): *La paradoja de Ítaca*. Caracas: Ministerio de la Cultura/Consejo Nacional de la Cultura.